

LO QUE PENSÓ CONFUCIO

DEBEMOS ahora dedicar especial atención al más grande de los pensadores chinos, a quien venera hoy, por lo menos una cuarta parte de la humanidad, considerándolo como a uno de los sabios más grandes que jamás hayan existido en el mundo. El verdadero nombre de este pensador fué el de Kung; pero los chinos le llamaron muy pronto « Kung el maestro », o en su idioma, Kung-fu-tse. Hace ya mucho tiempo que se latinizó este nombre pronunciándose Confucius (o Confucio en castellano) y así se le llama en todo el mundo occidental, como le llamaremos nosotros. Pero antes debemos saber lo que significa « Kung el Maestro ».

Así como la religión que fundó Budha se llama *budhismo*, del mismo modo entiéndese por *confucionismo* las enseñanzas y doctrinas de Confucio. Estudiando a Confucio como a un gran pensador de la antigüedad, no debemos caer en el error de considerarle desaparecido en absoluto del mundo de las ideas o como a un simple personaje de la historia antigua.

Las enseñanzas de Confucio subsisten, y una cuarta parte de la humanidad las sigue fidelísimamente, tomándolas como norma de su vida. La gente que cree en Confucio no es gente débil, ni agonizante, ni estúpida; se trata de hombres tan inteligentes como los demás; se multiplican rápidamente, son muy fuertes y trabajadores, y, con su esfuerzo y sus creencias, acaso lleguen a desempeñar un papel tan importante en el mundo futuro, como el de los pueblos más avanzados. Esto debe tenerse muy presente al estudiar a Confucio.

Por los pensamientos se rige la acción de los hombres; y los maestros del pensamiento son los sabios. El chino Kung, nacido hace 2500 años, aproximadamente, no sólo fué un gran pensador en su tiempo sino que lo sigue siendo todavía; y, aun después que nosotros hayamos muerto, será Confucio una potencia de vida intelectual en el mundo moderno y en lo porvenir. La ignorancia es vergonzosa, si no en los niños, en las personas mayores que se suponen educadas y que tienen la obligación de indicarles a los niños lo que éstos deben aprender. Y muchas de estas personas mayores creen que Confucio es un muerto del que sólo se acuerdan algunos paganos que viven muy distantes de nosotros.

Sabemos que la ley de gravitación ha de persistir siempre en el mundo, y así otras leyes físicas, entre las que descuella la de la vida y la muerte. Debemos estudiar todas las fuerzas que ayudan al mundo en su evolución y progreso.

Confucio ha sido y sigue siendo una de estas fuerzas superiores. Supongamos que fueran falsas sus doctrinas, que nunca hubiese dicho la verdad; pero, aun así y todo, por seguir el *confucionismo* una cuarta parte de la humanidad, merecería despertar nuestro interés el chino Kung, siendo la figura preeminente del más vasto imperio que registra la historia. Un hombre de ciencia, bien conocido, escribía a propósito de Con-

fucio el informe que reproducimos a continuación, y en el que se demuestra la veneración que aun se tiene al gran pensador chino.

«A su nombre se dedican los más altos honores en toda la China, y esos honores se los tributan así el personaje más elevado como el pobre más humilde. En todas las ciudades hay templos donde se le venera. En esos templos hay estatuas o lápidas conmemorativas de la gloria de Confucio. Y en una sala del más importante de esos templos, se hallan otras lápidas con los nombres de los antepasados de Kung y de sus discípulos. Los templos suelen ser los edificios más suntuosos en todas las ciudades; están sus muros pintados de rojo. Todas las primaveras y otoños acuden los altos funcionarios chinos a los templos para rendir homenaje solemne al pensador, y al pie de los altares depositan los frutos de la tierra y queman incienso. El mismo emperador cuida personalmente de que el Colegio Imperial atienda al cumplimiento de estos deberes. Para venerar a Confucio, el emperador se arrodilla dos veces, y tres veces inclina reverente la cabeza».

«En todas las escuelas chinas veneran a Confucio, lo mismo los maestros que los alumnos, los días primero y quince de cada mes. Para conmemorar el aniversario de su nacimiento, se señala esta fecha, como la oficial para efectuar la apertura del curso escolar. En todas las aldeas chinas se ven letreros encarnados con esta inscripción: «Lápida conmemorativa dedicada a recordar al más perfecto, más santo y más sabio de los maestros, Kung».

LA VIDA DE CONFUCIO

SE supone que Confucio nació en el año 551 antes de J. C. Su padre fué un pundonoroso militar, y, según dicen los chinos, descendía del ilustre emperador que, dos mil años antes, fundó el gran imperio de la China. Cuando el niño Kung sólo contaba tres años, murió su padre. De su primera educación sabemos muy poco, excepto que, según él mismo dijo más tarde, se aficionó mucho al estudio al cumplir los quince años.

De acuerdo con las costumbres de su país, se casó muy joven; a los veinte años era ya padre. Fué muy pronto un oficial del ejército, pero seguía aplicándose al estudio con vehemencia durante sus ocios. Estudiaba preferentemente historia y filosofía, mostrándose muy disgustado del sistema de vida que llevaban sus compatriotas. Esperaba aprender el modo de reformar el Estado, y sobre todo, de conseguir el progreso moral de su pueblo. A los treinta años era ya célebre, y de todo el país iban estudiantes a oir sus doctrinas.

Llegó a ser algo así como un ministro de Gracia y Justicia, es decir, el juez superior entre todos los jueces de la nación, y se dice que casi logró suprimir el crimen en absoluto. Sabemos que en cierta ocasión mandó ejecutar a un delicuente; pero ello no obstante, siempre fué contrario a la pena de muerte, pues consideraba que los criminales habían llegado a serlo, porque el Estado no se había cuidado de educarlos en la infancia. Cuando un discípulo le preguntaba cómo se podría obtener un buen gobierno, decía Confucio que los gobernantes debían cuidar de no cometer *cuatro errores graves*, el primero de los cuales era no instruir al pueblo y castigarle después, lo que significaba una cruel tiranía.

Pasados dos mil quinientos años, el mundo moderno civilizado comienza a darle la razón a Confucio. Hasta hace poco tiempo, se daba escasa importancia a los niños en la escuela, y se los castigaba cruelmente cuando cometían alguna falta, induciéndolos así a seguir un mal camino. Pero esto, como decía muy bien Confucio, es una cruel tiranía; de suerte que en ello estamos ahora comenzando a respetar el principio de aquel gran ministro de Justicia chino, que vivió 2000 años antes que Colón descubriera la América.

Sabemos igualmente que, como juez,

tenía una norma que siguen hoy los jueces modernos. « Instruyendo causas —decía Confucio—soy un hombre como los demás; pero lo esencial e importantísimo es que los demás no acudan a la justicia con demasiada frecuencia ». En efecto, cuando hoy los hombres se disputan un derecho, los jueces más discretos procuran arreglar el asunto amigablemente, procurando que los querellantes no acudan a los Tribunales, aunque esto signifique, para los abogados de buena fe, la reducción de sus honorarios.

Pero, como sucede y ha sucedido siempre a los grandes hombres, — podrían citarse mil y mil casos, si el tiempo no hubiese borrado los recuerdos—. Confucio, no obstante ser tan bueno, tan sabio y honrado, tuvo muchos enemigos. Éstos se confabularon para derrocar al príncipe que protegía a Confucio, y realizaron una hazaña funesta, que se convirtió en asunto público y obligó a Confucio a dimitir el cargo de ministro. Dedicóse entonces a viajar, y durante muchos años, anduvo de una a otra provincia, acompañado de sus discípulos. En algunas partes le recibían bien y en otras mal, tratándosele como a *un perro callejero*. De todas partes salió, más pronto o más tarde, penosamente defraudado en sus esperanzas. Siempre se mostraba dispuesto a aconsejar a los príncipes que hallaba a su paso, y hasta les ofrecía su ayuda para que gobernasen según sus principios; pero era tan bueno y sabio que no le comprendían. Sin embargo, tuvo siempre discípulos fieles, de quienes fué amado y a quienes amó, consolándose así de la ingratitud de su pueblo.

Mucho tiempo después, cuando iba a cumplir los setenta años, regresó al reino de Lu, donde había gobernado. Allí le permitieron volver a la corte, no como funcionario público, sino como particular, a quien se consultaba en momentos difíciles. En esa condición pasó los últimos cinco años de su vida, escribiendo, aunque ninguno de sus escritos se ha conservado, como ocurrió con otros muchos grandes pensadores de la antigüedad. Tenemos, pues, que dar fe a lo que refirieron sus discípulos respecto de sus enseñanzas. He aquí una traducción del informe chino sobre la muerte de Confucio, que ocurrió después de haber cumplido los setenta y tres años:

« Levantóse temprano, y con las manos cruzadas a la espalda, iba paseándose, seguido de sus discípulos, por delante de la puerta de su casa, a tiempo que decía con voz lacrimosa:

La gran montaña ha de abatirse;
La viga más fuerte se romperá;
Y el hombre sabio acabará marchitándose
como una flor ».

« Luego entróse en la casa y se sentó cerca de la puerta. Tsze Kung había oído las palabras del maestro y se dijo a sí mismo:—« Si la gran montaña ha de abatirse, ¿hacia donde debo mirar? Si la viga más fuerte ha de romperse, ¿en qué debo apoyarme? Si el hombre sabio ha de marchitarse como una flor, ¿a quién debo imitar? Temo que el maestro esté enfermo ».

« Y echó a correr hacia su casa. El maestro, al verle, le dijo:—¿Qué haces aquí tan tarde, Tsze? Anoche soñé que estaba sentado entre las ofrendas otorgadas a los muertos, apoyándome en dos cojines. Se acabaron los reyes discretos, y ¿cuál de las criaturas que viven bajo la inmensa bóveda azul, me aceptaría como maestro ? Creo que voy a morir ».

« Al decir esto, echóse en la cama. Estuvo enfermo durante siete días y al fin murió ».

El mejor comentador de Confucio añade las siguientes palabras, al hablar de su muerte:

« Su fin, que impresionó profundamente a cuantos lo presenciaron, fué melancólico. Deslizóse como envuelto en una nube. La desilusión había amargado su alma. Los grandes del imperio no habían recibido su enseñanza ».

« No hubo a su lado familia, hijos, esposa, que le cuidaran cariñosamente. Tampoco presintió la otra vida, sino que dejóse ir a través de un valle obs-

curo. Ni rezó ni se mostró espantado de la muerte. Pudo haber estado oculta, en lo más recóndito de su alma, la idea de que había tratado de servir a sus semejantes para servir también a Dios; pero de ello no dió señal alguna ».

No fué trágica su muerte, como la de Sócrates—de quien hablaremos muy pronto.—Pero como Sócrates, fué un gran pensador. La vida de Confucio nos demuestra que, generalmente, los grandes hombres fueron despreciados de sus contemporáneos, fracasando en vida para triunfar después de muertos. En efecto, Confucio, al llegar a los umbrales de la muerte, consideró que nigún éxito había obtenido en sus esfuerzos e ideales; pero en todos estos casos, de los que está llena la historia de la humanidad, deberíamos tener presentes las palabras de Jorge Eliot:

« La mejor herencia que el héroe deja a su raza es la de haber sido un héroe. No importa que fracasemos en las más nobles empresas. Así se va formando la tradición. Y dejamos nuestro espíritu en las almas de nuestros hijos ».

LO QUE SIGNIFICA EL CONFUCIONISMO

EL *confucionismo* es, como ya hemos dicho, la escuela que fundó Confucio, más conocida en castellano como la *Escuela de los Letrados*. Desde su fundación ha sido seguida por una buena parte de la humanidad, y como se sigue todavía, y no da señal alguna de languidecer, haremos muy discretamente enterándonos de lo que significa.

Como podemos ver por las mismas palabras de Confucio, que vamos a citar, éste no tuvo una idea fija de Dios ni de la otra vida. En este sentido no fué un verdadero maestro espiritual; más bien nos parece un hombre práctico, muy atento a las cosas de este mundo. No podemos decir, por tanto, que el confucionismo esté al mismo nivel del budhismo, por ejemplo. En éste hay una verdadera religión que le habla al hombre de la redención de su alma. Confucio no pensó en esto; limitóse a enseñar a los hombres a vivir bien la vida mortal. Se inspiró en los hechos, no en palabras, importándole poco la religión que profesara éste o aquél de sus compatriotas.

Enseñó que la bondad vale por sí misma y que constituye también la « mejor política ». Pero la bondad no fué la mejor política para él mismo, ciertamente; de modo que hemos de aceptar la idea de que otra bondad superior corrige la ingratitud de los hombres.

En cuanto a la vida futura, tampoco usó Confucio ni promesas ni amenazas. No prometiendo nada para la otra vida, el confucionismo pide que los hombres sean buenos por sólo la satisfacción de serlo. Creía Confucio, seguramente, que los hombres nacen siendo virtuosos y que deben conservarse así. Siguiendo las leyes de su propia naturaleza y cuidando de no caer en el mal, el hombre, decía, puede remontarse hasta el cielo. Consiste, pues, la doctrina de Confucio en predicar el amor a la bondad por la bondad misma; y así no puede aceptarse como una religión propiamente dicha.

Sin embargo, en un amplísimo sentido de la palabra, puede llamarse religión al confucionismo; pues religión significa algo que hace la unidad de los pueblos; y si hay algo en el mundo que haya contribuído a mantener unida a una nación, haciéndola fuerte y duradera, eso es el confucionismo. Sobre todo, éste insistió en predicar el deber de amar y respetar a los padres, y lo consideró como el primero de los deberes. Según las mismas palabras que usó Confucio : « nunca debe desobedecerse a los padres, sirviéndoles en vida, observando una conducta noble, enterrándolos cuando mueren, siguiendo una conducta noble, y sacrificándose por ellos, mediante una conducta noble ».

Recúerdese uno de nuestros Mandamientos: « Honrarás a tu padre y a tu madre ». Este principio parece ser el eje de la doctrina de Confucio, y aun puede observarse como la característica

de la moral china. Los chinos sienten verdadera veneración por sus padres.

Suponen algunos sabios que en esto está el secreto de la maravillosa perseverancia de los chinos, que formaban ya un pueblo civilizado muchos años antes de que hubiese en Europa una sola persona que supiera leer y escribir; que han visto sucederse los grandes imperios, como los de Grecia, de Roma y de España, desapareciendo uno tras otro, y que hoy todavía viven, despertando de un largo y profundo sueño, confundido por algunos con la muerte.

La continuación de la vida de un pueblo depende de los padres y los hijos. Al predicar Confucio el amor y el respeto para los padres, predicaba la unión de los hombres, la fuerte y duradera comunidad nacional. Cuando estudiamos las costumbres más antiguas, hallamos siempre variando de aspecto, según los tiempos y lugares, un sentimiento inmortal que podríamos llamar el *culto de los antepasados*. Los mismos salvajes hacen ofrendas al espíritu de sus muertos. Muchas veces, en el culto a los antepasados, hay excesos absurdos e impropios. Por ejemplo, ciertas personas creen en la visita de los espíritus, y existen salvajes que sacrifican a semejantes suyos, creyendo con ello dar gusto a sus parientes muertos. Todo esto es horrible. Pero de Confucio podemos decir que, tomando el culto a los antepasados, común a todos los pueblos en ésta o aquella forma, lo purificó volviéndolo razonable y práctico, para lo cual hubo de limpiarlo de viejos resabios vergonzosos. Así la existencia nacional de los chinos ha sido duradera, por haber cumplido, sin saberlo, con uno de los preceptos de nuestra religión. Esta sana enseñanza hace fuerte a una familia; y es bien sabido que, en todas las latitudes y en todos los tiempos, de las familias sólidamente constituídas han nacido las naciones más poderosas, siendo una nación débil aquella donde débiles son las familias.



CONFUCIO

Debemos tener presente que existiendo en la China el culto a los antepasados, éste sirve para honrar el ayer, y preparar el mañana. Según la creencia y las prácticas chinas, derivadas de la doctrina de Confucio, los padres son ciudadanos respetados y venerados por sus hijos; y cuando mueren, sus hijos honran sus restos, los entierran con honor y protegen sus sepulcros, que se conservan como sagradas reliquias.

Resulta, pues, que los hijos son necesarios. El hombre debe tener hijos. Así todos los chinos se casan muy jóvenes, considerando que sería un verdadero desastre morirse antes de haber sido padre. Por consiguiente, el matrimonio y la familia son cosas sacratísimas, en la China.

Con sólo meditar un poco sobre ello, comprenderemos la importancia trascendental que tiene para una nación esto de que los hombres crean que su deber es tener hijos y de que los hijos veneren a sus padres. Otros caminos siguió también Confucio para enseñar al pueblo que debía cuidar de la juventud, honrándola y dedicándola especial atención. Precisamente, como lo hizo un pensador romano muchos años después, insistió sobre este punto, valiéndose de todos sus medios de convicción, y dícese que empleó estas palabras:

« Debemos al niño una mirada cuidadosa y constante. ¿Cómo podremos diferenciarles o bien hacerles iguales a los hombres de hoy? Sólo cuando sean ya hombres maduros, cuando tengan cuarenta o cincuenta años y no hayan hecho nada notable en su vida, es cuando debemos retirarles nuestra protección y cuidado ».

He aquí algunas de las más célebres frases de Confucio, sobre el ineludible deber de honrar a los padres, así como a los hermanos, que son hijos de los mismos padres, a quienes debemos veneración:

« El respeto a los padres y una amistosa armonía entre hermanos, son la principal raíz del árbol del sentimiento que debe arraigar entre los hombres ».

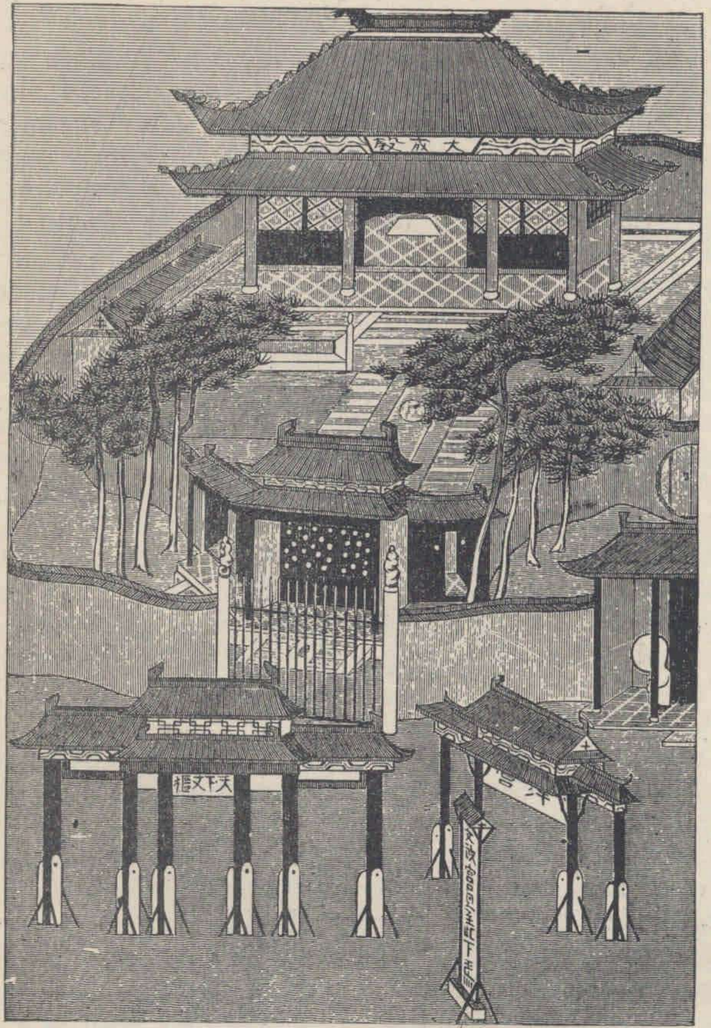
« Los niños deben demostrar siempre su amor filial, hasta cuando sus padres estén ausentes. Que sean cuidadosos y sinceros, amando toda virtud humana, y que empleen sus ocios, después de haber paseado y jugado lo bastante, en adquirir buenos conocimientos del arte y de la música ».

« El que después de haberse sometido durante tres años a la voluntad de su padre, sigue fiel a este principio, aunque su padre haya muerto, adquiere derecho a que se le tenga por un buen hijo ».

« A los padres sólo debe serles permitido un dolor: el de ver a sus hijos enfermos ».

« El amor filial no sólo consiste en atender a los padres en su ancianidad; también los perros y caballos los atienden. Si los hijos no sienten muy profundamente el amor y el respeto filiales, ¿en qué se diferencian de los caballos y los perros? Trabajar para los padres ancianos y llenar su plato de alimento, no es bastante para comportarse como un hijo bueno y respetuoso ».

« Un hijo que ayude a sus padres puede darles también un consejo amable; pero si el consejo no fuera aceptado por —éstos, él no deberá enfadarse ni sentirse herido en su orgullo, sino que se callará respetuosamente. Mientras vivan sus padres, cuidará de no irse demasiado lejos, si viaja; en todo caso,—no descuidará el escribirles, comunicándoles su punto de residencia. Un buen hijo no debe olvidar nunca la edad de sus padres. Y si éstos llegan a ser muy viejos, deberá alegrarse de que hayan vivido mucho tiempo, lamentando a la vez que les queden pocos años de vida ».



UN ANTIGUO TEMPLO DONDE SE VENERA A CONFUCIO

« A los ancianos debemos procurarles el descanso; con los amigos debemos ser sinceros; a los niños los trataremos siempre con ternura ».

« El hombre no tiene que mostrarse apenado, porque no tenga hermanos; hermanos suyos son todos los hombres del mundo».

Entre los pensamientos que hemos citado, los hay hermosos y eternos; pero convendrá tener presente que la enseñanza de Confucio, en estos puntos, de ningún modo fué perfecta. También tuvo sus defectos.

Lo sobresaliente de la doctrina de Confucio, en este asunto, es el nivel distinto en que coloca a los hermanos y las hermanas. Para Confucio, lo mismo que para todos los chinos en general, la mujer o la niña significa bien poca cosa. Frecuentemente habla Confucio de los hermanos y de los deberes de los her-

manos, pero nunca menciona a las hermanas. Lo más importante de su doctrina es que el hombre debe casarse y tener hijos; si tuviera hijas solamente, sería una sucesión nula. Sobre todo se ha de honrar al padre, según Confucio, mucho más que a la madre. En este sistema de colocar aparte a los hermanos y las hermanas, hay algo horrible, pues resulta que se desprecia a las niñas y a veces ni siquiera se les permite vivir.

Hase dicho que Confucio enseñó a sus discípulos el principio fundamental de la justicia conmutativa; es decir, que tenemos que hacer con los demás lo que deseamos que hicieran ellos con nosotros mismos. Esto lo han dicho aquellos que intentaron poner la doctrina de Confucio al mismo nivel que el cristianismo. Pero ahora, al estudiar las palabras de Confucio, tal como nos han sido transmitidas por sus discípulos, hallamos que, entre el Confucionismo y la religión cristiana, media el abismo que separa lo divino de lo humano.

En cierta ocasión le preguntaron a Confucio:—¿No hay una máxima que pueda servir de norma fundamental de bien vivir?—Y contestó Confucio:—Esa palabra ¿no será la reciprocidad? Lo que no quieras para ti no lo quieras tampoco para los demás.

Pero Confucio no dice que debemos amar al prójimo como a nosotros mismos y hacerle bien, aun en el caso de que él nos haga mal; lo único que dice es que no debemos desear para nuestros semejantes aquello que no desearíamos para nosotros. No debe olvidarse este punto importantísimo, pues en él estriba una de las diferencias que existen entre las dos religiones. La religión cristiana no solamente es religión de justicia, sino ante todo y sobre todo religión de amor.

ALGUNAS SENTENCIAS DE CONFUCIO

VAMOS a reproducir algunos otros pensamientos recogidos del libro llamado las *Analectas*, o colecciones, donde los discípulos de Confucio reunieron las mejores de las sentencias de su maestro.

« La sinceridad es el principio y fin de todas las cosas. Sin la sinceridad nada sería posible ».

« Cuando un hombre se halla ante una empresa difícil de realizar, ¿qué menos puede hacer que meditar y hablar despacio? »

« Un hombre virtuoso se fija principalmente en la dificultad de sus empresas, y considera el éxito de las mismas como un acontecimiento subsecuente: esto lo podríamos llamar una virtud perfecta. Si hacemos las cosas como debemos hacerlas, y esto nos importa más que el éxito de las mismas, ¿no es éste el camino de la verdadera virtud? Corregir los propios defectos y no los ajenos ¿no será el mejor sistema para llegar a la supresión del mal? »

« No es lo mismo conocer la verdad que amar la verdad; del mismo modo que no son los mismos aquellos que la aman que los que hallan en ella la dicha ».

« Si el cielo hubiese permitido que pereciera la causa de la verdad, entonces yo, un simple mortal, no sería su defensor. Pero mientras el cielo no deje perecer la causa de la verdad, ¿qué otra cosa pueden hacer los hombres sino defenderla? »

« Entregarse seriamente al cumplimiento del deber y honrar a los espíritus y conservarse respetuosamente alejados de ellos, esto puede ser llamado sabiduría ».

« El sabio se siente feliz dentro del agua; el virtuoso lo es en los altos montes. Los sabios son reposados, tranquilos; los virtuosos son activos. Los sabios son alegres. Los virtuosos disfrutan de larga vida ».

« Aquél a quien la calumnia, que penetra lentamente, no logra herir, y a quien tampoco hacen daño las frases insidiosas, es un hombre inteligente. En efecto, el hombre que permanece impasible ante la calumnia y la difamación es un hombre que ve la realidad de las cosas ».

« El que ofende al cielo es que no tiene a nadie para quien rogar ».

« El hombre nació para portarse noblemente en su vida ».

« Triste es el caso del hombre que se cuida demasiado de comer, y muy poco de su alma. ¿No son estos hombres unos jugadores que lo fían todo al azar? Para ser uno de esos hombres, es mejor todavía no ser nada ».

« No rectificar un error cometido es cometer otro error ».

« Como el pensamiento suele tener inclinaciones viciosas, si nuestra bondad natural no es bastante fuerte para corregirlas, entonces, seguramente, se habrá perdido hasta en aquellos casos en que se crea haber ganado ».

« ¿Debo deciros lo que es el saber? Cuando sepáis una cosa, comprended que la sabéis, y cuando no la sepáis, reconoced vuestra ignorancia. Esto es saber ».

« Mejor es que en unos funerales haya verdadero y profundo dolor, que no exceso de ceremonias ».

« La diferencia entre un gran hombre y un hombre vulgar es que el primero tiene un entendimiento leal, abierto a todas las cosas; y el hombre vulgar tiene un entendimiento parcial y rectilíneo ».

« Ver lo justo y no obrar de acuerdo con la justicia, es una cobardía ».

« Cuatro son las condiciones de un hombre superior: ser invariablemente modesto; servir respetuosamente a sus superiores; mostrarse bondadoso al nutrir al pueblo, y gobernarlo con justicia ».

« El que posee la virtud, posee lo principal ».

« La virtud debe ser común al labrador y al monarca ».

« Ponderad la rectitud y practicad la virtud. El saber, la magnanimidad y la energía son lazos universales. La formalidad, la generosidad del alma, la sinceridad, el celo y la bondad constituyen la virtud perfecta ».

« Tened siempre presente la debilidad humana: es de vuestra naturaleza caer y cometer faltas. ¿Habéis cometido alguna? No temáis repararla; no vaciléis un instante; no perdonéis esfuerzo ninguno para levantaros, y romped resueltamente todas las cadenas que os lo impidan ».

« Trabaja en impedir delitos para no necesitar de castigos ».

« Nunca hagas apuestas. Si sabes que has de ganar, eres un pícaro; y si no lo sabes, eres un tonto ».

« Rectificad vuestros pensamientos. ¿Son puros éstos? Lo serán también vuestras acciones ».

« Por muy lejos que el espíritu vaya, nunca irá más lejos que el corazón ».

« Amemos a los demás como a nosotros mismos; midamos a los demás como nos medimos nosotros; estimemos sus penas y sus goces como estimamos los nuestros. Y cuando queramos para ellos lo mismo que queremos para nosotros; y cuando temamos para ellos lo mismo que para nosotros tememos, entonces seguiremos las leyes de la verdadera caridad ».

« No hay cosa más fría que un consejo cuya aplicación sea imposible ».

« Es de alma grande vengarse de las injurias con beneficios ».

« De la moral provienen dos cosas esenciales: la cultura de la naturaleza inteligente y la duración de los pueblos ».

« Es preciso que el entendimiento vaya adornado de la ciencia de las cosas, a fin de separar el bien del mal ».

« Filósofo es aquél que conoce a fondo los libros y las cosas, el que todo lo pesa y todo lo somete al imperio de la razón ».

« Aparte del cielo, que pertenece al hombre, está la naturaleza inteligente: la conformidad con esta naturaleza, constituye la regla: el cuidado de hacerla efectiva y sujetarse a ella, el ejercicio del sabio ».

« El buen procedimiento consiste en ser en todo sinceros, y conformar el alma con la voluntad universal: esto es, hacer con los demás, lo que yo deseo hagan ellos conmigo ».

« En el medio consiste la virtud; quien lo traspone, no consigue más que lo que logran los infelices, privados de alcanzarlo ».